

algo tan sublime como abstraerse en místico transporte. En Murcia hubo otro escultor que también oraba trabajando, como Fra Angélico: don Nicolás de Bussy. Salzillo, asimismo, profesaba el arte, no como ficción, sino como un aspecto de la Verdad. La tarea de cada día era una ofrenda a Dios. Como las de Abel, Dios la bendijo, y quiso que se perpetuara y se salvara en gran parte de los peligros que han pretendido aniquilarla o arrebatárnosla de esta Murcia para la cual fué realizada y en la cual vive como en su marco o en su paisaje. Se salvó de ladrones e incendiarios. Se salvará de los críticos y de los ecos de los críticos.

Ya no es discreto seguir. Todas las cosas tienen su medida, y lo desmesurado resulta ingrato. Cortando la que pudiera ser interminable apología de Salzillo, diremos que, al recibir lo francés como un effluvio traído por los tiempos al remanso de nuestra Murcia próspera, laboriosa e incólume en medio de la catástrofe espiritual, no lo recogió para extranjerizarse, ni para afeminarse, ni para mengua de su energía, ni para teñir de gracia fúgida su arte fino ya y exquisito. Lo asimiló, dominándolo, y no por ello perdió el ímpetu que revela el *Beso de Judas*, ni la fuerza genial del *San Juan*, ni la pasión de la *Dolorosa*, ni el dramatismo realista de la *Caida*. Una vez más, el invasor deponía las armas y se consagraba a nuestra servidumbre.

